

## El día que me sentí emisario del Apóstol Santiago

Andrés Lapuente

### Relato

No sé por qué, quizás fuera por curiosidad o por la invitación de un amigo, el día 1 de julio de 1995 me encontré en Roncesvalles iniciando el Camino de Santiago. Iba pertrechado de un buen calzado, la correspondiente mochila y un palo.

La sorprendente anécdota que a continuación relato, comenzó en el albergue, llamado "Inglés", de Rabanal del Camino. Al abandonar este, eché en falta el palo. El hospitalero, me ofreció otro que al parecer había sido olvidado. Era más grande, estaba labrado a mano y rematado por un cuello al que le faltaba la cabeza. Lo acepté, pues el palo es útil, tanto para apoyo, como para defensa de los perros que nunca faltaban.



No recuerdo el lugar exacto. Faltaban varias jornadas para acabar el Camino, cuando nos encontramos con una masía solitaria en la que se ofrecía bebida y alimento a los peregrinos. Decidimos hacer una breve parada. Nada más cruzar el umbral de la puerta, un joven alto, fuerte, de tez morena, ojos negros, pelo rizado y aspecto moruno se me quedó mirando fijamente y dijo:

- "Ese palo es mío".

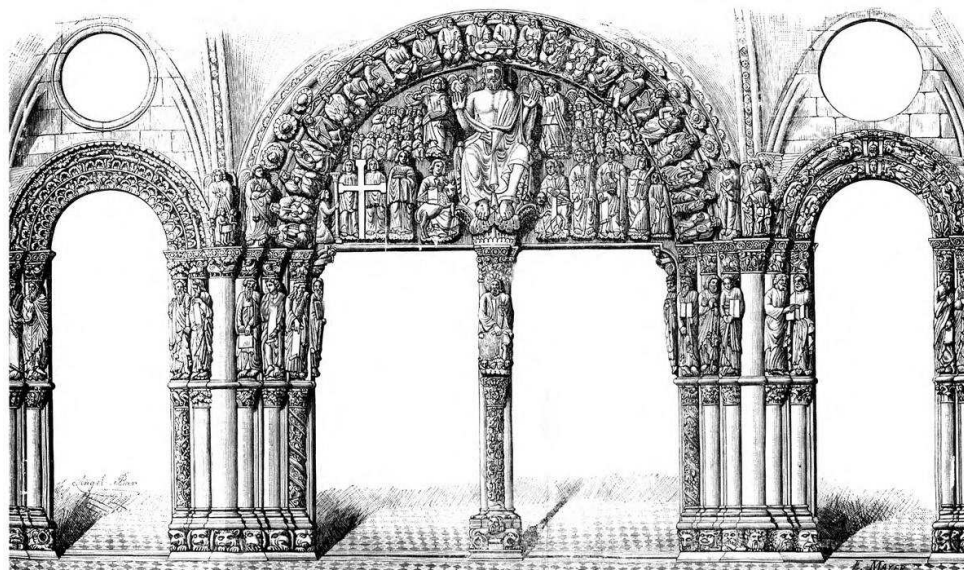
Puse cara de extrañeza, y él, sin mediar palabra, extrajo de su mochila una cabecita de madera que encajaba perfectamente sobre el cuello sesgado que remataba el palo. Al intentar entregárselo no lo aceptó. Se hincó de rodillas delante de mí, con los brazos en cruz, y exclamó en voz alta, ante el asombro de todos:

- "¡Alabado sea Dios, que ha escuchado mis plegarias, rogándole que un peregrino necesitado llegara a Santiago con mi palo...!".

De pronto se puso de pie y preguntó si me había servido de ayuda. Rodeado por las miradas silenciosas de cuantos allí se encontraban, respondí:

- "¡Gracias a él he llegado hasta aquí!" - aunque no era verdad.

Volvió a arrodillarse y prosiguió con su particular oración. Antes de despedirnos nos confesó que su familia, de habla española, procedía de Marruecos, pero él residía en París, donde había sido escolarizado. La historia no acabó aquí. En el alto de Santa Irene, desde donde partimos la última jornada, recuperé mi palo primitivo. Lo llevaba una peregrina y me lo devolvió.



*Dibujo del Pórtico de la Gloria de la catedral compostelana.*

El día 26 de julio, festividad de Santa Ana, llegué a Santiago con un palo en cada mano. Una vez en la Catedral cumplimos con los ritos que establece la tradición y que acaban con el abrazo a la imagen del santo por la parte de atrás. Como se encuentra elevada hay que acceder por un lado y bajar por el otro. Pensaba dejar el palo abandonado. No pudo ser. Al descender el último peldaño me encontré con el marroquí que me estaba esperando. Su rostro mostraba felicidad y una amplia sonrisa. Ahora sí que me llevo mi palo, me dijo. Nos despedimos con un fuerte abrazo, y me deseó mucha suerte para el resto de mi vida. Nunca supe su nombre.

Ese fue el día que me sentí emisario del Apóstol Santiago de Compostela.

*Nota: Todo lo aquí relatado es verídico, y así consta en el diario de mi amigo y compañero de Camino, donde además está escrito el testimonio del propio marroquí, en francés, por las razones anteriormente aludidas.*